

»con rapidez, y poco, y oportuno,
 »y sin error en nada, aunque más joven
 »era que Ulises. Cuando ya el Atrida
 »acabó de arengar, alzóse grave
 »el hijo de Laertes, y los ojos
 »fijos en tierra, sin alzar la vista,
 »parado estaba y sin hablar; y el cetro
 »ni adelante ni atrás movió; que inmóvil
 »le tuvo cual si fuese un ignorante,
 »y cualquiera diría que el enojo
 »la razón le turbaba. Mas apenas
 »en voz sonora del facundo pecho
 »salieron sus palabras, semejantes
 »en la abundancia á los espesos copos
 »de la nieve invernal, hombre ninguno
 »con él hubiera contendido. Entónces
 »no ya tanto admirábamos de Ulises
 »la venerable faz.» Viendo el anciano
 á Ajax, á Elena preguntó de nuevo:
 «¿Y quién es aquel héroe, alto de talla
 »y de miembros fornido, que entre todos
 »los Griegos sobresale, y el más alto
 »al hombro no le llega?» De la vista
 la hermosa Elena el anchuroso velo
 apartando, le dijo: «Aquel es Ajax,
 »gigante en la estatura, y de la Grecia
 »antemural. Y allí entre los Cretenses,
 »en belleza á los Dioses parecido,
 »el Rey Idomeneo está parado,
 »y en derredor los cabos de su hueste
 »reunidos le cercan. En su alcázar
 »le hospedó muchas veces Menelao,
 »cuando á Esparta venía desde Creta.
 »Veo también á los demás caudillos
 »de las escuadras griegas, y podría
 »desde aquí conocerlos y decirte
 »su nombre, y sólo descubrir no puedo
 »á dos muy valerosos capitanes:
 »a Cástor, el mejor de los jinetes,
 »y á Pólux, poderoso en la pelea
 »del pugilato: y una madre misma
 »nos dió el sér á los tres. ¡Ay infeliz!
 »¿Será que en los bajeles no vinieron
 »aquí desde la gran Lacedemonia;
 »ó que habiendo venido, ya rehusan
 »hallarse en las batallas, porque temen
 »que de mi mucho deshonor les quepa
 »á ellos alguna parte?» Así decía:
 mas á aquellos dos héroes ya la tierra
 ocultaba en su seno; que en su patria

murieran, en la gran Lacedemonia.

Entónces la ciudad los dos heraldos
 atravesaban ya con los corderos
 que ofrecerse debían á los Dioses,
 y en un odre de cabra el dulce vino,
 gozo del corazón y de la tierra
 don precioso, llevaban; y el heraldo
 Ideo urna brillante y copas de oro
 para hacer las sagradas libaciones.
 Y llegado del Rey á la presencia,
 á que al campo bajase le animaba.

«Hijo de Laomedonte (le decía),
 »los Próceres aquívos y troyanos
 »que al campo bajas por mi voz te piden,
 »para que allí se jure, degolladas
 »estas víctimas ántes, una tregua.
 »Páris y Menelao por la esposa
 »solos combatirán con largas picas;
 »seguirá la mujer con sus alhajas
 »al que venciere; y los demás segura
 »paz y amistad jurándose, nosotros
 »habitemos en la fértil Troya,
 »y los Aquivos á Árgos y á la Acaya
 »retornarán en sus veleras naves.»

Al escuchar sus voces el anciano
 se estremeció y á sus donceles dijo
 que pusieran al carro los bridones.
 Obedecieron: ocupó la silla
 de la carroza el Rey, tomó en la diestra
 y tiró atrás las bridas, y á su lado
 subió luego Antenor. Y á la llanura
 los dos, saliendo por la puerta Escea,
 los veloces caballos dirigían.

Y cuando ya vinieran al paraje
 en que estaban los Griegos y Troyanos,
 á tierra desde el carro descendieron,
 y con paso tardío á la pradera
 que entre los dos ejércitos mediaba
 se encaminaron. Levantóse al verlos
 Agamenon, caudillo de las tropas;
 se alzó Ulises también, y los heraldos,
 las víctimas uniendo y en las urnas
 el vino derramando, á los caudillos
 la ablucion ofrecieron. El Atrida,
 la daga desnudando que pendiente
 llevaba al lado del agudo estoque,
 breve mechón de lana á los corderos
 cortó de la cabeza, y los heraldos
 toda la repartieron á los Jefes
 teucros y aquivos. Y el Atrida luego,

alzadas las dos manos, á los Dioses
 dirigió en alta voz esta plegaria:

«Máximo padre Jove! Augusto númen
 »que desde el Ida á la region de Troya
 »presides y proteges! Sol, que todo
 »lo ves y escuchas! Tierra! Rios! Dioses
 »que en la oscura region á los mortales,
 »que perjuros han sido, con severa
 »justicia castigais cuando fallecen!
 »testigos sed ahora y vengadores
 »del juramento. Si la vida Páris
 »quitaré á Menelao, el dueño sea
 »de Elena y sus alhajas, y nosotros
 »á la Grecia volvamos en las naves.
 »Mas si á Páris el rubio Menelao
 »la muerte diere, los Troyanos luego
 »nos entreguen á Elena y sus tesoros
 »y paguen á los Griegos un tributo
 »que la ofensa repare, y continúen
 »pagándole también los venideros.
 »Y si el tributo Príamo y los hijos
 »de Príamo pagarme no quisieren
 »después de muerto Páris, combatiendo
 »yo seguiré por el tributo solo,
 »sin levantar el cerco hasta que logre
 »ver acabada tan prolija guerra.»

Dijo, y cortó á las víctimas el cuello
 con el hierro cruel; y palpitantes
 sobre la tierra las soltó, privadas
 del aliento vital. Y los caudillos
 aqueos y troyanos, de las urnas
 sacando el vino con las áureas copas,
 la libacion hicieron, y á los Dioses
 inmortales sus votos dirigían.
 Y así también alguno de los Griegos
 y los Troyanos en secreto dijo:
 «Máximo Jove, tú que rodeado
 »estás de eterna gloria! Dioses todos!
 »hoy escuchad mi voz. *Del que primero*
 »*la fe violando, la batalla empiece,*
 »*los sesos, y también los de sus hijos,*
 »*sean sobre la tierra derramados*
 »*como ahora este vino, y en ajenos*
 »*brazos se vean sus esposas caras.»*

Tal su plegaria fué; mas todavía
 no era llegado el tiempo en que sus votos
 oídos fuesen del Saturnio Jove.

Y el Rey Príamo dijo á las escuadras:

«Oid, Troyanos, y valientes Griegos!
 »Yo vuelvo á la ciudad, porque mis ojos

»ver no podrían peleando á un hijo
 »con tan fuerte adalid: el alto Jove
 »es quien sabe, y los otros inmortales,
 »cuál de los dos la Parca ha destinado
 »á morir.» El anciano, apenas hubo
 estas palabras dicho, los corderos
 puso en el carro, y él montó y las riendas
 tiró atrás. Antenor subió á su lado,
 y de Troya siguieron el camino.

Héctor y Ulises á los dos rivales
 midieron luego el campo de batalla:
 y en un casco de bronce las dos suertes
 echado habiendo, con ligera mano
 las agitaban para ver la pica
 quién de ellos el primero á su enemigo
 arrojaría. En tanto las dos haces,
 ambas manos al cielo levantadas,
 sus votos á los Dioses dirigían;
 y algunos de los Griegos y Troyanos
 esta súplica hicieron: «Padre Jove,
 »Máximo, Glorioso, que á esta tierra
 »desde el Ida presides y defiendes!
 »Danos que muerto á la region oscura
 »aquel baje este día que de tantos
 »males la causa ha sido, y que á nosotros
 »la jurada amistad firme nos sea.»

Mientras esto decían, en el casco
 las tristes suertes Héctor agitaba
 apartando la vista; pero pronto
 la de Páris saltó. Teucros y Aquivos
 por hileras sus puestos ocuparon
 donde tenían las brillantes armas,
 el carro y los caballos corredores;
 y Páris fué á vestirse la armadura.

Puso primero las bruñidas grevas
 de las piernas en torno, y al tobillo
 las ajustó con argentados broches.
 Luego con la coraza de su hermano
 Licaon, á su talle acomodada,
 el pecho se ciñó; colgó del hombro
 tajante espada de afilado bronce
 y con clavos de plata enriquecida,
 y una anchurosa y sólida rodela
 al cuello suspendió. Después se puso
 luciente yelmo en la cabeza hermosa;
 y el gran penacho que de negras crines
 de caballo el artífice formara,
 en la cimera trémulo ondeando,
 inspiraba terror. Robusta pica
 empuñó, en fin, que manejar pudiese,

y al mismo tiempo el rubio Menelao volvió á tomar sus refulgentes armas.

Luégo que del ejército apartados los dos con la armadura se cubrieron, por la verde pradera que mediaba entre Teucros y Aquivos caminaron para empezar la lid, y desde léjos ya con torvo mirar se amenazaban; y en temerosa espectacion quedaron, puesta en ambos la vista, las falanges aquivas y troyanas. Cuando á tiro de lanza estaban ya, se detuvieron en la mitad del circo; y las agudas picas blandiendo, respiraban ambos vengativo rencor. Tiró su lanza Alejandro el primero, y del Aquivo acertó á dar en el escudo plano; pero romper no pudo el fino bronce y se torció la punta, rechazada por el duro broquel; y Menelao vibró entonces la suya, dirigiendo ántes al padre Jove esta plegaria:

«Da, Júpiter excelso, que sangrienta
»venganza tome del injusto Páris,
»pérfido huésped que mi dulce esposa
»me robó y mis tesoros, sin que hubiese
»recibido de mí ningun agravio.
»Y haz que á mis manos muera en este día,
»para que tiemble, hasta en la edad futura,
»cualquiera de ofender al que en su casa
»amistad y hospedaje le ofreciere.»

Dijo, y blandiendo la robusta pica, la arrojó, y en el centro del escudo de Páris logró dar. La firme punta pasó por la rodela relumbrante, y atravesando la coraza, enfrente se clavó junto al bazo y por el medio la túnica rompió; mas ladeóse Páris, y así evitó la negra muerte. Entónces el Atrida, desnudando la espada, alzóla y foribundo golpe sobre la alta cimera del almete descargó del Troyano; pero rota en tres ó cuatro trozos la cuchilla en el sólido yelmo, de la mano se le cayó; y el héroe enfurecido, bramó de enojo, y en el ancho cielo clavó la vista y dijo: «Padre Jove!
»no hay entre todas las deidades una
»que tan dañosa á los humanos sea

»como tú. Yo esperaba en este día
»la perfidia de Páris castigada
»dejar; pero el estoque se me ha roto
»en la mano, y la pica por mi diestra
»en vano fué lanzada sin herirle.»

Y arrojándose fiero al enemigo, le asió del morrion; y hácia los suyos volviendo el rostro, á las aquivas naves le llevaba arrastrando; y la correa, de respuntes ornada, que el almete por bajo de la barba sostenia, de tal manera el delicado cuello estrechaba de Páris, que anhelante respirar no podia. Y Menelao arrastrádole hubiera, y glorioso triunfo alcanzara, si la tierna Vénus tan pronto no lo viera, y del Olimpo á la tierra bajando presurosa, no le hubiese cortado la correa, que de piel de novillo vigoroso fuera labrada. En la robusta mano quedando, pues, el morrion vacío; el héroe por encima su cabeza en el aire agitándole, á la escuadra le arrojó de los Dánaos, y del suelo le alzaron sus donceles. El Atrida segunda vez acometió furioso á Páris, esperando con su lanza matarle; pero Vénus fácilmente ¡tanto puede una Diosa! por los aires le arrebató; y cercándole de mucha oscura niebla, al tálamo oloroso donde gratos aromas humeaban le llevó. Y asentado sobre el lecho dejándole, con pasos presurosos salió en busca de Elena, y en la torre la encontró de matronas rodeada. Llegó la Diosa, semejante en todo á una vieja y antigua cardadora de lana que otro tiempo cuando Elena la gran Lacedemonia aún no dejara, en cardar finas lanas entendia, y en mucho la preciaba su señora. Y acercándose á Elena, y de su manto, que suave olor de néctar exhalaba, tirando blandamente, á que volviera el rostro la obligó, y así decía:

«Ven, Elena, conmigo: Páris quiere
»que vuelvas á tu alcázar. Dentro ahora
»le dejo de su cámara, y sentado

»sobre el ebúrneo torneado lecho,
»más hermoso que nunca y de vestidos
»adornado brillantes. No dirias,
»al verle, que ha venido fatigado
»de combatir: á comenzar el baile
»dirás que se dispone, ó que descansa
»después de haber danzado.» Así decia Vénus, y Elena cólera terrible sintió en el alma al escuchar sus voces. Mas cuando de la Diosa el sonrosado hermoso cuello conoció, y los dulces cándidos pechos y brillantes ojos, se consternó, y la dijo estas palabras:

«¡Cruel divinidad! ¿Es que deseas
»seducirme otra vez? ¿Acaso quieres
»de la Frigia llevarme, ó la Meonia,
»á alguna gran ciudad, si en ella habita
»otro mortal de tí favorecido?
»¿O tal vez porque ahora Menelao
»á Páris ha vencido y á su casa
»á esta odiosa mujer llevarse quiere,
»cuidosa tú viniste, nuevos dolos
»maquinando, á impedir que yo le siga?
»Si Páris te es tan caro, en su morada
»permanece, abandona los caminos
»de las deidades, y á pisar no vuelvan
»tus plantas el Olimpo. Siempre en torno
»asiste del amado, gime, llora,
»y en prolongada agitacion la vista
»no apartes de él hasta que hacerte quiera
»ó su esposa ó su esclava. A mí no es dado
»(reprensible sería) de su lecho
»participar; que las Troyanas todas
»mi liviandad culparan, y hartas penas
»siente mi corazón.» La hermosa Vénus la respondió colérica: «¡Infelice!
»no así tú quieras irritarme; teme
»que airada te abandone, y ofendida,
»tanto como te amé ya te aborrezca.
»Yo sabria entre Griegos y Troyanos
»sembrar funestos odios, y la triste
»víctima tú de su furor serias.»

Dijo, y Elena, aunque del alto Jove hija, temió su cólera; y cubierta con el cándido velo trasparente, en silencio salió sin que ninguna de las Teucras la viese, y de la Diosa en pos marchaba. Cuando ya vinieran de Páris al palacio suntuoso; las dos esclavas á entender volvieron

en sus labores, y la hermosa Elena al magnífico tálamo sus pasos encaminó: y la Diosa, sonriendo y tomando una silla, se la puso enfrente de Alejandro. Allí sentada Elena, y apartando de él la vista, en iracundas voces del esposo la cobardía castigó, diciendo:

«Vienes de pelear!... Hiciera Jove
»que allí muerto quedaras, por la diestra
»del esforzado capitán vencido
»que ántes era mi esposo! Pues que necio
»un día te jactabas de que mucho
»en fuerzas, en valor, y hasta en el arte
»de manejar la pica le aventajas,
»vuelve de nuevo en arrogantes voces
»á provocar al fuerte Menelao
»á que contigo en singular combate
»salga á lidiar... Mas, no: yo te aconsejo
»que á lides renuncies y no quieras
»ya cuerpo á cuerpo, en temerario arrojo,
»pelear con el rubio Menelao;
»no sea que al instante de su lanza
»mueras al filo.» Respondióla Páris:

«No así, mujer, con injuriosas voces
»me insultes; que si ahora Menelao
»venció con el auxilio de Minerva,
»acaso yo le venceré otro día:
»también tenemos Dioses favorables.
»Pero hagamos la paz, y cariñosos
»sólo pensemos en placeres. Nunca
»tanto de amor el poderoso imperio
»sintió mi corazón, ni aún aquel día
»en que robada te embarqué en la nave
»y las costas dejamos de la fértil
»Lacedemonia, y venturoso dueño
»me hiciste de tu amor y tu belleza
»en la Isla de Craneae, como ahora;
»que de tí, cual un día, enamorado,
»arde mi pecho en amorosa llama.»

Así habló Páris, y ocupó el primero el tálamo nupcial: siguió la esposa, y los dos sus querellas olvidaron.

Entre tanto el Atrida, semejante á enfurecida fiera, por la hueste corria de los Teucros por si hallaba á Páris escondido entre las filas; pero ninguno de los Teucros pudo, ni de los auxiliares numerosos, decir á Menelao dónde Páris

entonces se ocultaba. Y á saberlo,
nadie por amistad callado hubiera,
porque de todos era aborrecido
como la negra muerte. El poderoso
Agamenon, caudillo de los Griegos,
puesto despues entre las dos escuadras,
dijo: «Escuchadme, Teucros y Dardanos
»y demas auxiliares! La victoria

»quedó, como lo veis, por Menelao.
»Volvednos, pues, á Elena y sus tesoros,
»y un tributo pagad que justo sea
»y continúe hasta en la edad futura.»

Así dijo el Atrida: y los Aqueos,
en fausta aclamacion, de su caudillo
el discurso aprobaban y aplaudian.